

Alvaro Castillo




EL MEDALLÓN

EL MEDALLÓN

Alvaro Castillo

(extracto: 15 primeros mini capítulos)

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

5)

10)

15)

Enlaces

EL MEDALLON

(relato minimalístico y omphalosképtiko según el método de eclectis G.O.R.E. de la Univ. de Sancerre II, département du Seine et Oise, France)

1) los gatos

Mrs. Oliver Blanky amaba a los gatos. Mr. Oliver Blanky los detestaba.

Cuando, pocas semanas después de haberse casado, Mrs. Blanky llevó a casa al primer minino –un pulguinto gato callejero al que bautizó Spotsy, ya que era manchado–, Mr. Blanky opuso una débil resistencia, que se hizo, o intentó hacerse más tenaz en ocasión del segundo y del tercer gatos. A la larga, empero, como en tantos casos pasa, lo que a la postre pasó fue que los obstinados sentimientos de la hembra se impusieron, de forma creciente y al final aplastante, a la débil lógica del macho.

Cuando cumplieron veinte años de casados, los Blanky compartían su casa con varias docenas de gatos, mientras las pequeñas tumbas de otro par de docenas largas compartían el jardín con las mimosas y las azucenas de Mrs. Blanky y con los rosales musgosos de Mr. Blanky; y con el floreciente ceibal celeste del jardín, brasileño no argentino.

Cuando los Blanky se casaron, Mr. Blanky, a los 31 años, era uno de los 164 contables de la empresa Murchison & Poor (Créditos, Vencimientos, Hipotecas, Arqueos de Caja y Auditorías para Empresas), y Mrs. Blanky era una joven de 26 años, delgada, bonita aunque algo sosa, de cara pálida y pecosa, la risa fácil y contagiosa, que se colgaba orgullosa de su marido, con su cuerpo cimbreante ceñido al de él, y lo acariciaba, mimaba y besaba con auténtico entusiasmo, y probablemente con una ternura no menos auténtica, cada vez que éste volvía de la oficina.

Él, Mr. Blanky, aunque algo adusto, era un hombre muy inglés, irrenunciablemente londinense, que trabajaba desde hacía ya 16 años en la City, más de media vida, y siempre para la misma firma (había empezado como se debe, por el escalón más bajo, de recadero), razón por la cual se le habían contagiado, hasta formar parte irreductible e inseparable de su ser, los modos, modales y modismos de ese pequeño, palpitante y peculiar reino financiero enclavado en Londres.

2) palpitaciones del corazón

Mr. Blanky rara vez reía, y aunque tenía una bonita sonrisa rara vez la usaba; de hecho rara vez hablaba más que monosílabos.

El matrimonio Blanky vivía, entonces, en sus inicios, en un pequeño apartamento de renta media del otro lado de Regent's Park (del lado pobre, entendámonos), lo que obligaba a Mr. Blanky a largos desplazamientos subterráneos, que realizaba con vehemencia, a pesar de sufrir de una incómoda (decreciente) claustrofobia.

Los gatos eran una cuestión muchísimo más grave; ya uno solo molestaba, de dos se le cruzaba siempre alguno a Mr. Blanky en el camino y de tres (o de cuatro o de diez) había siempre algún otro que se escapaba o se enfermaba, para angustia e insomnios de Mrs. Blanky y palpitaciones del corazón, para lo cual Mrs. Blanky tomaba unas pulgaradas de carnitina que le llevaba su señora mamá, que sufría de lo mismo.

-Lo ha heredado de mí, la pobrecita –decía la anciana señora-. Y los gatitos. A mí también me han gustado mucho, siempre, los gatitos, pero mi segundo marido me los mató a todos a tiros, así que preferí dejar de tenerlos.

-Ollie sería incapaz –contestaba con firmeza Mrs. Blanky-. Y en cuanto a ese odioso y aprovechado segundo marido tuyo, que me sentaba siempre en sus rodillas y me exigía besitos y caricias, sin dejar de acariciarme él disimuladamente, te diré...

Mrs. Peplant, que era como se llamaba la vieja, por el apellido de su segundo difunto marido, se llevaba un dedo a los labios y susurraba, mientras aún podía:

-Olvida esos malsabores, cariñín –decía-. El hombre tendría su faceta de malvado, no lo niego, pero era bondadoso conmigo, me quería a su manera, y recuerda, ya sólo queda un puñado de cenizas de él. Fue incinerado, según su voluntad, y aventado al viento, excepto dos parcas onzas troy (unos 73 gms.) de sus cenizas, metidas en una pequeña urna, que se me dieron a mí. Aún las conservo.

-No sé para qué.

-Aún las conservo –repetía la vieja, con su característica y desagradable obstinación.

3) en un gigantesco container

Cuando Mrs. Peplant se mudara a casa de los Blanky, poco tiempo después, su hija, intransigente, no la dejaría entrar si no se deshacía de las cenizas de Mr. Peplant, de modo que la anciana, con lágrimas furtivas en los ojos, que enjugaba con un casi invisible pañuelito, fue hasta la esquina y tiró la pequeña urna en un gigantesco container.

-¿Estás conforme? –preguntó al volver, entre colérica y llorosa.

-Por completo. ¿Verdad Ollie que te lo dije? Ese canalla no entra aquí ni en sus cenizas. ¿A que te lo dije, Ollie?

Ollie, obvio es decirlo, era Mr. Blanky.

En la oficina, a Mr. Blanky lo llamaban Jingo. Su nombre de pila era Oliver Nemesius Blanky. Oliver era no ya un nombre de pila sino el riguroso apellido de soltera de su madre, mientras que Nemesius era, en este caso sí, el nombre de pila de un bisabuelo suyo (de Mr. Blanky) que se había hecho merecedor a dos red ribbons y una Victoria Cross en la Gran Guerra, y que, muerto en combate con el grado de capitán, había legado a su familia la fatídica pero hipnótica Creedence Memorial Honorable Medal, que sólo se otorgaba in conditione postumae, o sea que todos sus merecedores la habían palmado.

4) una humilde taquimeca

La señora Blanky, por su lado, se llamaba Sheila, Muirhead como apellido de soltera (del primer marido de su mamá y padre suyo que había sido), y cuando aceptó salir de dancing al Frenzy, local de moda, con Mr. Blanky, era taquimeca de Murchison & Poor, con tres años de estudios y dos de prácticas previas en Childe & O'Bannion and Helmwood and Sons & Price-Robertson Brs., Agencia de Cobros y Vigilancia de Morosos.

El paulatino reemplazo, en Murchison & Poor, de las tradicionales máquinas de escribir mecánicas Underwood y Smith Corona, primero por las eléctricas Underwood, Smith-Corona y Adler y muy poco después por los ordenadores personales McKintosh, Compaq, Underwood, Smith Corona y Adler, no cogió a la avispada (espabilada) Sheila Muirhead, como a muchas de sus compañeras, con el paso cambiado. Sheila se adaptó sin la menor complicación. Visto lo cual Mr. Erskine Prouty, un pez bastante gordo de la Firma, emparentado de forma no demasiado lejana con los Murchison o los Poor (o con ambos), la había tanteado (a la joven y linda Sheila Muirhead) para tenerla como su secretaria personal, pero la oferta, a pesar de la insistencia de Mr. Prouty, no cuajó.

Sheila Muirhead se prometió, en cuestión de semanas se casó con Mr. Blanky y al poco tiempo de casada renunció a su empleo y a todas las oníricas puertas que se abrían ante ella tras los repetidos ofrecimientos del joven y apuesto Mr. Prouty. Era un empleo, el de secretaria personal de éste, que tenía incuestionables ventajas, como lo eran lo elástico y a placer de los horarios de oficina y, sobre todo, para una chica que acababa de casarse, como Sheila, el acceso a la cooperativa McLuhan & Poor and Malcolm, Malcolm & Sons, que surtía a la mitad de las grandes firmas de la City y a sus accionistas y altos funcionarios, así como a los hombres de confianza, manos derechas y auditores y, en ciertos contados casos, a las secretarias, mecanógrafas, taquígrafas y taquimecas, gente toda a la que munía con lo que se le pidiera, bien por necesidad, bien por obligación o capricho, desde un yate Supervielle SuperDeLuxe de doble timón, cabina presurizada, motores de 740 CV y GPS acoplado, hasta un paquete de kleenex más impuestos, pero que también tenía un grave inconveniente (el empleo), ya que Mr. Erskine Prouty no se sentía en paz consigo mismo hasta no haber seducido y obligado a echarse desnuda en el sofá de su antedespacho a la secretaria personal de turno, y Mrs. Blanky, según afirmaría ella misma de la forma más enfática, no era de esas insustanciales muchachas que se allanan a todo a cambio de un empleo seguro, bien pagado y carente de obligaciones y responsabilidades.

-Yo seré una humilde taquimeca - dijo alguna que otra vez, antes y después de matrimoniarse-, pero puedo ir por el mundo con la cabeza bien alta.

-Sería una sensible pérdida para el mundo que no lo hicieras, cariño –dijo Mr. Blanky, en plan de guasa sosa-, máxime con esas portentosas tetas que tienes.

5) obras maestras de la naturaleza

-¡Ollie! –exclamó Mrs. Blanky desde lo alto de una escalera.

Era un sábado por la tarde, el día en que Mrs. Blanky fregaba ventanas, ventanucos, espejos y el gran ventanal del living, que se abismaba sobre el lateral nornordeste de Regent's Park, con su taraceado y alto portón de rejas de doble hoja y el estanque con los cisnes y los sinuosos senderos, flanqueados estos por los robustos y elegantes falsos melocotoneros, o falsos pérsicos (para decirlo con precisión): aquellas erguidas, a la par que lánguidas, obras maestras de la naturaleza, creadas ex profeso en los laboratorios alemanes de Gensch und Rauch (Genselkirchen), para que ornaran el citado parque inglés.

-Sabes –siguió diciendo Mrs. Blanky- que odio las ordinarieces y tú pareces empeñado en introducirlas en nuestro santo hogar todos los días.

Mr. Blanky ya había aprendido que mejor una inmediata sumisión que media hora de reproches y un alma vengativa que se las cobraría en la ocasión más inesperada. Llevaban entonces los Blanky unos tres años de casados; más que lo suficiente para que Mr. Blanky hubiera aprendido muchos detalles y secretos pequeños, y no tan pequeños, de la vida matrimonial.

6) poco hembraje

Mr. Blanky, en realidad, conocía poco y mal a las mujeres, y a la suya propia la desconocía por completo, miopía de la que ella era plenamente consciente y que aprovechaba de esa especial manera despiadada típica de la hembra del homo sapiens sapiens.

Toda la experiencia sexual y/o amorosa prematrimonial de Mr. Blanky se resumía, de muchacho (al margen de las putas pagadas), en algunas mucamas de barrio o criadas y, algo ya más crecido Mr. Blanky, en una secretaria de Aubrey Winthorp, un destacado miembro del Consejo General del Gran Londres, que había cedido (la secretaria, no el destacado miembro) a las insistencias de él (de Mr. Blanky) en tres o cuatro ocasiones, y de la cual secretaria él, por supuesto, se había enamorado.

Como no podía ser de otra forma, Mr. Blanky lo había pasado muy mal cuando ella (la estilizada secretaria de Mr. Winthorp) definitivamente lo había plantado.

Poco hembraje hasta entonces, en resumidas cuentas, para Mr. Blanky. De allí a las putas pagadas finas, expertas y hábiles, mediaba medio paso. Y Mr. Blanky lo había dado; se había aficionado. Mujeres como Darleen o Lucy Loo lo hacían sentirse hombre con un mero parpadeo, y había otras aún superiores, como la cubana Florinella, que en ocasiones se negaba a cobrarle, porque, según le decía:

7) el che

-Me has hecho recordar de nuevo a papi, allá há en Hávana, donde lo dehamos y nos largamos, primercito a Flórida, con mama, después yo me fui solecita a Joustón, en Tehas, y de allí a Los Ánheles, donde trabajé dos años y donde es verdad que más se gana; pero la ciudad

está infestaíta, te diré, como una pus, de chulos cubanos, de chulos panameños y salvadoreños, de chulos negros de Haití y chulos negros de Santo Domingo, así como de chulos negros de Hamaica y de todos esos sitios y chulos negros de Cuba también, y a mí un negro si paga y no hiede, pues muy bien, ¿pero chulearme, tratar de chulearme a mí? Me vine puesito rapidecito a Londres, donde mi chulo me lo elehí yo y me lo parto con otras dos.

-A tu padre, ¿lo ves? ¿Te cartearas con él? ¿Usáis internet?

-Papi murió hace catorce años, en Hávana. Yo me fui con mama de Hávana cuando tenía ocho añiticos, en una ocasión en que Fidel abrió la mano, supongo que distraído, porque de seguidita la volvió a cerrar, pero mama y yo ya estábamos preparaitas, ¿tú entiendes?, por si lloverían moscas, y llovieron. Así que nos fuimos las dos a Miamí, en Flórida. Papi no, papi se quedó.

-¿Por qué?

-No sé. Quizacito por los recuerdos, porque papi había sido muy bolcheviqui o por lo menos muy zincha de Fidel, que hasta peleó junto con él en Sierra Maestra y fue sargento de reclutas, o sea el que enseñaba la disciplina a los recién llegados, que cada vez eran más y más y un día Ché Guevara le dijo a papi en arhentino, porque Ché era arhentino, le dijo: ‘Che, Malito, a partir de mañana te encargás vos de cincuenta, todos nuevitos, puros pendeños; yo les trato el acné, para que parezcan hombres, y vos les enseñás a serlo. ¿Okay, Malito? ‘Okay, Ché’. Papi estaba orgullósísimo de aquel mandato del Ché. Aunque no por eso fue que se quedó, me temo yo, sino porque mama se negó a llevárselo con ella, ya que papi estaba entonces todo apeestado y mitá podrido’.

‘Yo’, prosiguió la muchacha, ‘ya ni me acuerdo de los patios de El Vedado, ni de los plátanos y las palmeras del malecón de El Vedado. De lo que sí me acuerdo es de las rodillas de mi papi, eso sí, que me subía encima de ellas y me hacía ico ico ico coi coi coi, como un caballito, y mama le decía que era un dehenerado. Y tengo también un vago recuerdo de su cara, la de papi, pinchuda de la barba y medio quemada, no negra de negro sino quemada del sol de la sierra, en Sierra Maestra, una cara que no se parecía en nada, pero en naditita a la tuya. Y así y todo hay días en que me lo recuerdas; con nadie me había pasado. Me lo recuerdas no sé por qué, y me pasa sólo contigo y no sabes el enorme agradecimiento que te tengo, aunque sé que esta noche la pasaré triste, me meteré temprano en cama y le diré a Odón que se vaya con la Charo o con Diodorita, que son las otras dos con que lo partimos. Dame un beso grandote y dime “hijita”. Andalé’.

-Toma tu beso, hijita.

8) animales vagabundos

Cuando los Blanky se mudaron a una casa en Luton Town, con jardín, ya que Mr. Blanky había sido ascendido a inspector contable, uno de los 48 de la firma, en la casa pululaba una docena larga, acaso una veintena, de gatos de toda especie, desde un lujoso e inmóvil gato de Angora, de fina, abundante y lustrosa pelambrera negra, alabastrina, y aire de milord, hasta dos enloquecidas hembras siamesas, que se trepaban con sus afiladas garras hasta lo alto de las cortinas y meaban contra las paredes, largos chorros semicirculares o sinuosos, sincopados, y sin duda para ellas voluptuosos; acto seguido se lameteaban una a la otra en la vulva y se olisqueaban tras las orejas y se lamían el morro.

Así también había gatitos comprados a bajos precios, gatos recogidos en la calle y gatos y gatitos salvaguardados de los centros de acogida y ejecución de animales vagabundos.

9) una desconsolada madre o viuda

Entonces, en Luton, en una tarde lluviosa, se abrió la primera tumba, destinada al anciano Ariel, el decano de aquella incontable y creciente, y desde entonces cada día más cambiante, familia felina. La tumba la cavó Mr. Blanky; el cadáver del bicho, envuelto en una mortaja de seda (un chal viejo de la vieja Mrs. Peplant), lo depositó en el hoyo Mrs. Blanky, lloricona, mientras su madre la consolaba con palabras melosas, dulzonas, sebosas, seborreicas, asquerosas, que le hablaban del paraíso de los gatos, de rosas y azahares, de jazmines y violetas, de gatas coquetas que eran arcángeles y gatas de mirada provocativa que eras demonios, y de otras cien mil estupideces por el estilo

-Ariel asciende majestuoso, libre de achaques, joven y retozón como cuando lo trajiste, Sheilita, es como si lo viera. Los gatos son los únicos animales que sonrían, y Ariel sonrío ahora, entre nubes de algodón y azúcar candel, soñando en ti. Tú piensas en su deceso como una verdadera cristiana, no como una desconsolada madre o viuda.

Esto último lo dijo la vieja con la agria y desdeñosa mirada, sonriente, posada en las anodinas y melancólicas facciones de Mr. Blanky, suaves, convencionales, neutrales, sosas.

10) escasos y perezosos

‘¿Cómo?’, se había preguntado ya cientos de veces y se lo volvió a preguntar aquella tarde la vieja. ‘Con lo linda que era Sheilita cuando era joven, ¿cómo, por qué la pobrecita tuvo que caer en la cama de este otárido, de esta foca de modesto cacumen, de este engendro de casi nulo calibre físico, con los testículos inútiles como los tiene, que son hedientes guaridas, porque no son otra cosa, de una patota de espermatozoos haraganes y poquitos?’

Pasaron más años, Mr. Blanky no cesó de ascender paso a paso hasta llegar al cargo de sub gerente sustitutorio, uno de 16, y al poco tiempo se mudaron a la que sería su tercera y última residencia: un pequeño palacete de 14 innecesarias habitaciones en Vansittart Ave., cerca del ya clausurado zoológico de Boldoon y a cien metros de la carretera (más tarde autopista) a Kew y Kew Gardens. Los Blanky se llevaron a Mrs. Peplant (Mrs. Oliver Blanky madre, señálemoslo, por si no ha quedado claro todavía) a vivir también allí con ellos. Se la llevaron porque no había otro remedio.

-¿Qué remedio nos queda, Ollie?

-Matarla.

-No digas eso ni en broma.

Mr. Blanky, claro está, no bromeaba, pero prefirió dejarlo así: en un equívoco.

La vieja Mrs. Peplant había soñado con ser abuela, sueños ya rotos en pedazos, de los que se le escapaban hondos y trágicos suspiros al mirar la melena decreciente de su yerno y su creciente barriguita floja. Todo era culpa de él, se decía la vieja, de ése, ya que los dos (Sheilita y él, y ése) se habían hecho análisis y sometido a ultrajantes exámenes, ultrajantes por lo menos para la niña. Y el resultado de aquellos exámenes había sido que Ollie the Gollie, como ella llamaba, de manera despectiva y furiosa, a Mr. Blanky, se había comprobado que tenía espermatozoides escasos y además perezosos; algo horrible, asqueroso, espantoso; algo que hacía llorar a la vieja, de rabia y de pena.

-Perezosos y escasos –decía la vieja, con los dientes postizos apretados-. Entre eso y ser marica, poca diferencia veo.

Mr. Blanky fingía no oírla y Mrs. Blanky, que al principio se ponía hecha una hiena con su madre, ahora se tapaba la boca, pero igual se le escapaban entrecortadas risitas.

11) vanaglorias vanas

Mrs. Blanky se vanagloriaba, con cierta razón tal vez, de conocer a todos sus gatos, no sólo de identificarlos con una simple mirada sino de conocer sus manías, sus caprichos, sus debilidades e inclusive su psicología.

-Cada gato –decía, para pavor y sonrojo de Mr. Blanky, en los casos en que había presencia de terceros, ajenos a la reducida familia que formaban las dos mujeres y él (sin contar a los ya incontables gatos)- tiene su psicología propia, tal como la tenemos los seres humanos.

“A Potsy, por ejemplo, añadía, en referencia al repulsivo gato que acariciaba sobre su regazo, no le gusta el pescado muy picado, sino en trozos grandes, y siente debilidad por las entrañas del gobio y de los méridos y bágridos, pero detesta la merluza, el esturión manchado, que es carísimo, e inclusive la lubina, que es el pez que los doctores recomiendan siempre que uno de estos animalitos de Dios, al perder los dientes, cae en consunción. Vamos, que se muere.

12) hubrix vorax dorada

Hasta de comadrona oficiaba Mrs. Blanky cuando alguna de las hembras daba a luz.

-Vaaaamos. Purr purrr puurrrrr, la niña ya está mejor y tiene cuatro preciosos hijitos a los que hoy mismo vamos a vacunar contra el moquillo y la hubrix vorax dorada, esa ameoba odiosa que se intuba en el riñón de los mininos de pocos días, incluso de pocas horas, y que se reproduce allí, según nos explicó el doctor Fleming cuando ese horrible bicho mató a Gitanilla.

“El doctor Fleming, seguía parlotando absorta Mrs. Blanky, hablándole a su gata, nos dijo que en quince horas, más o menos, se produce la primera partición, partenocé o como se llame, en el caso de que se haya inficionado una única hubrix vorax dorada en el organismo del pobre minino, lo que sería rarísimo, porque la hubrix vorax dorada se inficiona por cientos, por miles, por millones, y aun en el caso hartito improbable de que se inficionara sólo una, muy pronto ya serían dos, en entre doce y quince horas, y las siguientes particiones, partenogénesis, lo he recordado, según nuestro amable doctor, tardan otras seis horas, y después se producen cada cuatro, cada dos, cada una, cada media hora, cada cuarto de hora, cada ocho minutos, cuatro, dos, uno, medio minuto, un cuarto de minuto, siete segundos, tres, segundo y medio, cuarto de segundo y el minino a esas alturas ya está muerto y hay que quemarlo y meterlo en una

bolsa impermeable de poliuretano imbuído con tartrato de plomo y yoduro de magnesio e ir y tirarla en el container de Bank y Yardley, and Cotts & Milburn, de donde recogen los desechos dos veces al día, en razón de la fábrica de tubos de acrílico que posee dicha empresa, que vierte en ese container sus sobrantes y detritus, que deben de ser de lo más contaminante, porque no porque sí los obreros manejan el container con máscaras de un material transparente y con guantes supongo que de amianto, pobre gente. Y pobres, pobres, pobres, pobrecitos mis mininos, ¿qué nombres te gustaría ponerles?

13) aramís y porthós

La pregunta, que iba dirigida a Mr. Blanky, era retórica; Mr Blanky lo sabía por larga experiencia, de modo que emitió una tosecita vaga y no contestó. En esta ocasión, empero, contra todos los precedentes, Mrs. Blanky se giró, plantó un puño cerrado en su ya excesiva cadera y ordenó:

-Dos cachorrillos son machos. Dime dos nombres para ellos. Te doy de plazo hasta mañana.

Atónito, Mr Blanky balbuceó que no requería de plazo ninguno, y que le gustaría que los mininos se llamaran Aramís y Porthós.

-Esos son nombres que sacaste de un libro.

-Sí, por supuesto –reconoció Mr. Blanky.

-Me tienen hasta el gorro tus veleidades artísticas. Se llamarán Fredo y Nimbo, que son nombres de gato, no de pistoleros ni de espadachines. Punto.

‘Debí discutir, mostrar mi furia’, se diría Mr. Blanky, horas después del incidente, que había sido una deliberada y calculada trampa que le había montado Mrs. Blanky para humillarlo y pisotearlo una vez más.

‘Un día me las cobraré todas juntas, a tiros, con la Glock de Jaill’, se dijo Mr. Blanky, y se regodeó con el momento en que sacaba el arma del cajón de la mesa de noche y descargaba todo el cargador, más la bala de la recámara y la preparada para abrir fuego, trece balas en total, en la cara, las tetas, la barriga, el culo y el coño de la odiosa Mrs. Blanky.

Este delicioso sueño de vigilia, allí junto a la perdularia gata parturienta, se prolongó varios segundos, lo que le impidió, a Mr. Blanky, atender a algo que Mrs. Blanky le decía; algo relacionado con la maldita gata paridora.

-¿Cómo, querida? –inquirió Mr. Blanky, no sin cierto temor a un estallido de furia por parte de Mrs. Blanky, ya que él había estado distraído con sus homicidas ensoñaciones; pero no; pero qué bien; pero Mrs. Blanky parecía simplemente preocupada. Parecía ensimismada en su preocupación.

14) la gata preñada

-Yo hubiese jurado que Milva (que así se llamaba la recentísima mamá gata) no estaba en estado de celo; si es una gata que no ha terminado todavía de desarrollarse. Me pregunto...

Mrs. Blanky gruñó al ponerse laboriosamente de pie, sin que su marido hiciera ni el menor ademán, fingido o no, para ayudarla, de lo que ella se quejó al pasar:

-Bien podías haberme echado una manita.

-Lo siento, Sheila. Me tenían tan absorto tus palabras, estaba tan embebido –el sarcasmo era tímido, balbuciente, ineficaz, y Mr. Blanky estaba muy cierto de ello- que no atiné a...

-Bah

Mrs. Blanky se frotaba el denso y adiposo sector renal mientras con los ojos escrutaba y contabilizaba mininos, que se escabullían con la cola caída, e inclusive aplastada contra la barriga, por el resquicio más cercano; huían de la mirada entre hipnótica y suspicaz de su cariñosa aunque temible dueña, que se había plantado brazos en jarra en medio del salón.

-Me gustaría saber quién ha sido –dijo- el pícaro gato de callejón que abusó de esta casta minina y la violó. No estaba en celo, lo apostaría.

-Si no estaba en celo –intervino con cautela, entre varios ehs y ehms, Mr. Blanky- difícilmente hubiese alumbrado, querida.

15) las feromonas

-El doctor Fleming –dijo Mrs. Blanky, con énfasis-, el veterinario, el sobrino biznieto, como tú bien sabes, de aquel famoso Alexander Fleming, el descubridor de la penicilina; nues-

tro doctor Fleming, que ha volcado su talento no en el mero y pasajero género humano, aunque título para ello tiene, ya que es médico doctorado en Heilderbeg, sino en el vasto mundo de los animales llamados inferiores, sector mascotas o animalitos de compañía, puesto que nuestro doctor atiende no sólo a chuchos y gatos sino a ranas, sapos, sapitos de las Galápagos, cotorras del Brasil, víboras, leones hembra, un león macho, cocodrilos y aves de todo tipo, desde el humilde canario sin canto hasta los deslumbrantes y agresivos halcones jerifaltes...

-Los raudos torbellinos de Noruega –intervino Mr. Blanky.

-¿Qué has dicho? –Mrs. Blanky estaba evidentemente molesta por haber sido interrumpida.

-Raudos torbellinos –repitió Mr. Blanky-, de Noruega. Así llamaba a los jerifaltes un poeta no recuerdo si italiano o español. Me lo dijo Jaill, eh... Mr. Housewater.

-Menuda memez –dijo Mrs Blanky, y prosiguió, con los ojos entrecerrados-. Este cercano y amistoso doctor Fleming, un médico con toda la barba, porque lo de veterinario no pasa de ser un rótulo; este amabilísimo y brillantísimo doctor, que ha desdeñado fama, fortuna y honores como médico, título que también posee, como ya te he explicado; título, para ser más precisos, que le fue expedido por una de las facultades de medicina más prestigiosas y luminosas del mundo, como es la del Heilderberg de Alemania; este hombre que todo lo ha desdeñado para entregarse en cuerpo y alma al cuidado y curación de mascotas; pues bien, este doctor Fleming, que sabe muy bien de lo que habla, opina lo contrario que tú, que nada sabes de animales ni de nada.

“El doctor Fleming sabe, y me lo ha señalado, que puede darse, sobre todo en las gattas primerizas, una ovulación sin celo, o sea una descarga de carbohidratos nitrogenados, que no otra cosa es el óvulo, sin producir las características proteínas gigantes llamadas feromonas, que en el caso de los félicos actúan como desencadenante del celo. La pobre Milva estaba preparada, según todos los indicios, para ovular, mas no para producir una compleja proteína como es la feromona.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)